

CAPÍTULO 3 Roma-Estados Unidos ¿El mismo destino?

3.1 El Expansionismo y sus Efectos: los Problemas de un Imperio

Roma fue una pequeña ciudad que heredó la tradición de expansión de los etruscos. El interés por la expansión y adquisición de nuevo territorio fueron la motivación de una población en constante crecimiento, la cual tenía la necesidad de heredar tierra y propiedad a los hijos. Roma fue capaz de expandirse en parte porque era más estable políticamente que sus enemigos. Cuando Roma se convirtió en el centro del imperio, de ella partía el sistema viario que ponía en contacto a sus diferentes regiones, por lo que bien podía ser considerada como la capital del mundo.

Los romanos tomaron ventaja de su posición geográfica en el centro de la península, al igual que Estados Unidos tomó ventaja de su posición continental, al ser un país protegido por océanos. Estados Unidos al igual que Roma, en cuanto fueron fructíferos sus primeros asentamientos empezó a absorber las regiones periféricas. Ambos fueron localidades que en cuanto progresaron, de ser pequeñas ciudades se convirtieron en grandes metrópolis cosmopolitas, cuyos imperios abarcaban el continente americano o el Mediterráneo entero respectivamente.

La expansión romana fue el resultado de guerras extranjeras y de todos los aspectos de la historia romana es el más sobresaliente, en el cual el rol más importante fue jugado por el ejército. El ejército romano fue la razón principal para que Roma ganara un imperio tan vasto. También fue la herramienta que los romanos usaron para controlar a la gente que habían conquistado. Éste hizo a Roma un poder mundial, pero lamentablemente fue inoportuno en un imperio que además de enorme era diverso.

Guerra y conquista transformaron la economía y desgraciadamente la prosperidad ha estado ligada a través de la historia al principio de la decadencia. Estados Unidos llegó a su posición rectora tras el aislamiento surgido después de la Primera Guerra Mundial. Este aislamiento hizo inevitable la Segunda Guerra Mundial. Ahora ya no han podido retornar a la actitud aislacionista y de no intervención que tuvieron en el siglo XIX.

Estados Unidos ya no tiene la ambición de aumentar sus posiciones territoriales, hoy su poderío va más allá de un simple territorio. Debido a que Estados Unidos tiene lecciones no muy positivas de cuando quiso hacer el experimento de crear un imperio en el extranjero. La decisión de invadir y ocupar Irak no fue, por supuesto, una mala interpretación del pasado. Esta acción ha hecho que el mundo haga memoria y recuerde la brutal guerra que Estados Unidos peleó en Filipinas, las similares desventuras en México, las desafortunadas historias del imperialismo occidental en Medio Oriente o Vietnam y ellos aún así invadieron Irak. Para el presidente George Bush, ésta era la oportunidad histórica de cambiar al mundo.

Anterior a la anexión de Filipinas, Estados Unidos tomó una posición firme en contra de los países que quisieran conquistar colonias en el extranjero, tal como lo hicieron los colonos norteamericanos con Inglaterra. Pero Estados Unidos llegó a ser el poder imperial que él mismo alguna vez denunció y competía con Inglaterra, Francia, Alemania, Rusia y Japón en lo que en Theodore Roosevelt llamó “la dominación del mundo” (Judis; 2004, 52), pues se pensaba que el país necesitaba colonias para reforzar su poder militar o encontrar mercados para su capital. Una expansión en el extranjero estaría en contra de las tradiciones evangélicas del país. A través de la anexión ellos insistieron en que Estados Unidos transformaría otras naciones en comunidades que compartieran la política americana, sus valores y también sus creencias religiosas.

“Territory sometimes comes to us when we go to war in a holy cause”, expresó el presidente William McKinley durante la Guerra de Filipinas en 1900, “and whenever it does the banner of liberty will float over it and bring, I trust, the blessings and benefits to all people” (Judis; 2004, 53). Después Woodrow Wilson defendió la anexión de Filipinas diciendo:

The east is to be opened and transformed, whether we will or no; the standards of the West are to be imposed upon it; nations and peoples which have stood still the centuries through are to be quickened and to be made part of the universal world of commerce and of ideas which has so steadily been a-making by the advance of European power from age to age (Judis; 2004, 53).

Los dos presidentes quienes descubrieron que el imperialismo no estaba funcionando, fueron irónicamente Woodrow Wilson y Theodore Roosevelt. Roosevelt había sido entusiasta al apoyar a Estados Unidos contra el imperio español y Wilson tenía la intención de enseñar a las repúblicas de Sudamérica a elegir al hombre correcto (McDougall; 1997, 131). Como muchos otros imperialistas, Wilson creía que la rápida expansión del imperialismo contribuiría a la creación de civilizaciones pacíficas, llevando no sólo la industria capitalista sino también los altos estándares de moralidad y educación a las regiones bárbaras.

Empezaron ayudando a las colonias en su lucha contra los poderes imperiales. La única manera de evitar una futura guerra, concluyó Wilson, era dismantelar la estructura imperial y “crear un mundo que se basara en principios, no en el poder; en el derecho, no en intereses” (Kissinger; 1994, 222). Su plan incluía la autodeterminación de las colonias, reducción de armas internacionales, abrir el sistema de mercado, desincentivar el imperialismo económico y comprometerse en una seguridad colectiva a través de organizaciones internacionales; al cual se le refiere ahora como “multilateralismo”. Wilson nunca abandonó la meta evangélica de transformar al mundo, pero reconoció que Estados Unidos no podría hacerlo sólo y por consiguiente no tendría éxito en emprender esta misión

sólo o con todos. Crear el mundo democrático tardaría décadas o hasta siglos y los países se desarrollarían en paz y de acuerdo a sus tradiciones.

Después de la primera Guerra Mundial, Wilson no tuvo éxito en convencer tanto a los poderes victoriosos como al senado de Estados Unidos de entrar en su plan para un nuevo orden mundial (Kissinger; 1994, 221). Después de la Segunda Guerra Mundial, los británicos y los franceses se negaron a ceder sus posesiones y la Unión Soviética restauró y expandió su imperio en el Este de Europa, el Sureste y Occidente de Asia. El imperialismo se endureció durante la Guerra Fría pero era más un contexto de lucha entre el mundo libre y el comunismo.

La Guerra Fría desató la reacción de Estados Unidos a los movimientos poderosos en contra del imperialismo emergido después de la Segunda Guerra Mundial. Temeroso de los movimientos anticolonialistas del lado de la Unión Soviética, Estados Unidos abandonó sus esfuerzos para dismantlar el imperialismo Europeo más notablemente en el Sureste de Asia e incluso busco establecer su propio régimen “neoimperial” en América Latina, Asia y Medio Oriente. De esta manera, Estados Unidos implementó su *Pax Americana* (término que denota un periodo de relativa paz en occidente) lo que ubicó a este país en el rol del moderno Imperio Romano.

Este término es utilizado para describir los supuestos esfuerzos de reprimir a los países cuando éstos no cooperan con las políticas de Estados Unidos. Al igual que en Roma con el emperador Augusto, quien gobernó con absoluto poder y reestableció la estabilidad política y social, lanzando dos siglos de prosperidad llamada *Pax Romana* (paz romana) (Kreis; 2001, <http://www.historyguide.org...>). Bajo esta regla el estado romano empezó su transformación hasta llegar a ser la más grande e influyente institución política en la historia de Europa.

Estados Unidos no anexó países. En lugar de esto, como lo hizo en Cuba a principios del siglo XX, Washington buscó dominar las economías de los países y mantener gobiernos afines en el poder. A través de ligeras subversiones, o si era necesario, a través de intervenciones militares. En 1953 Estados Unidos derroca al Primer Ministro de Irak, Muhammad Hidayat Mosadeq e instala al Sha Muhammad Reza Pahlavi como dictador; 1954 Estados Unidos derroca al presidente electo de Guatemala Jacobo Arbenz, como resultado 200,000 civiles muertos.

En 1963 Estados Unidos apoya el asesinato del presidente Diem de Vietnam del sur. Entre 1963 y 1975 militares de Estados Unidos matan 4 millones de personas en Asia del sur. El 11 de Septiembre de 1973 Estados Unidos apoya un golpe de estado en Chile, el presidente democráticamente electo, Salvador Allende es asesinado y se instala al dictador Augusto Pinochet; 5 mil chilenos asesinados. En 1977 Estados Unidos apoya a militares en el Salvador, 70 mil salvadoreños mueren (Bowling for Columbine; 2002).

En 1980 Estados Unidos entrena a Osama Bin Laden y a sus terroristas para matar soviéticos, la Agencia Central de Inteligencia (CIA) les da 3 mil millones de dólares. En 1981 el gobierno de Reagan entrena y financia “contras” mueren 30 mil nicaragüenses. En 1982 Estados Unidos da miles de millones de dólares a Sadam Husein para armas y matar iraníes. En 1983 la casa blanca da armas a Irán para matar iraquíes. En 1989 el agente de la CIA, Manuel Noriega y también presidente de Panamá desobedece órdenes de Washington, Estados Unidos invade Panamá y quita a Noriega, tres mil bajas de civiles panameños. En 1990 Irak invade Kuwait con armas de Estados Unidos (Bowling for Columbine; 2002).

En 1991 Estados Unidos invade Irak, Bush reinstala al rey de Kuwait. En 1998 Clinton Bombardea “fábrica de armas” en Sudán, que resultó ser una fábrica de aspirinas. De 1991 hasta antes del derrocamiento de Sadam Husein Estados Unidos bombardeaba Irak semanalmente. La ONU estima 500 mil niños iraquíes muertos por bombardeos y sanciones.

Del 2000 al 2001 Estados Unidos da al gobierno del Taliban en Afganistán 245 millones de dólares en ayuda. El 11 de Septiembre de 2001 Osama Ben Laden usa sus entrenamientos de la CIA para asesinar a 3000 personas. Actualmente Estados Unidos busca influencia más que dominación (Bowling for Columbine; 2002).

Uno de los principales efectos de la expansión y la influencia sobre otros, es la comparación con un imperio. La cultura política incluso el diseño de la instituciones de Estados Unidos lo mitigan en contra de actuar como un efectivo poder imperial, pero la realidad habla por sí misma. Apesar de que los imperios y las democracias varían en vastas formas, a través de la historia se pueden encontrar muchos aspectos en común.

Primero, los imperios ejercen gran autoridad sobre grandes y variados territorios poblados por diversos grupos étnicos, culturas y religiones. Esto se logra a través de herramientas en el exterior e incentivos para mantener esta autoridad: persuasión política, ventajas económicas e influencia cultural en donde sea posible; coerción y fuerza cuando es necesario. Los imperios generalmente esperan que los estados vecinos y dependencias acepten su poder y se acomoden a él. Esto a menudo contribuye en el sentido de que el orden imperial por sí mismo necesita jugar diferentes reglas a las de un estado ordinario y que éste tiene responsabilidades únicas así como derechos (Simes; 2003, 78).

Los imperios no emergen espontáneamente sino a través de un plan maestro. Frecuentemente involucran leyes de física, un éxito inicialmente genera un *momentum*, el cual es subsecuentemente mantenido por inercia. Cada nueva ventaja crea oportunidades de cambio y extensión de los intereses del imperio, mucho más allá de su forma original (Simes; 2003, 78). Los imperios no siempre dan soberanía a sus dominados. Esto es muy cierto en el caso del antiguo imperio romano, por ejemplo cuando Roma buscó la dominación más que el control sobre sus dependencias.

Estados Unidos actualmente corre el riesgo, muy familiar para los historiadores de los grandes poderes antiguos de la *imperial overstretch* (Kennedy; 1989, 515). Lo que significa que la gente que toma las decisiones en Washington debe enfrentar su incapacidad para defender los intereses globales de Estados Unidos, ya que sus obligaciones están más allá de la capacidad del país. Estados Unidos hoy en día no es capaz de defenderlos a todos simultáneamente.

Para imponer su supremacía política, Roma protegía a sus vecinos más débiles (Basave; 1974, 161). El procedimiento de los norteamericanos es el mismo. Desde la Segunda Guerra mundial el número de aliados de Norteamérica creció en gran medida, el número de bases arrendadas a Estados Unidos y situadas en territorios de esos estados debe haber aumentado por lo menos en igual proporción. Aunque no aspiren a aumentar sus territorios, los norteamericanos asignan gran importancia a la adquisición y retención de bases en territorios aliados. Se trata de un objetivo estratégico. Ahora bien, quienquiera que construya un imperio despierta sospechas y además no hay que olvidarlo, se hace impopular. Eso precisamente, es lo que le está aconteciendo a Estados Unidos. Estados Unidos paga y a veces muy caro su imperialismo debido a que la opulencia lanza consigo una pena.

Ningún imperio por supuesto, puede mantenerse a sí mismo sólo por poderío militar. Este requiere, de suficientes recursos que le generen dominio. Aquí el paralelismo entre Estados Unidos y sus predecesor imperial. Roma era una ciudad que tenía bajo su dominio un vasto territorio, Estados Unidos abarca un continente vasto y rico. Es el tercer país más poblado del planeta y la primera producción económica del mundo. Su economía es la más grande, la más productiva y la más dinámica del globo, por lo tanto es el país más poderoso

del mundo y por un margen muy grande nos recuerda la preponderancia del Imperio Romano (Mandelbaum; 2002, 31).

El poderío de Roma dependió tanto de poder como de recursos: el poder imperial residió en ciencia, literatura y educación. Los galos aprendieron latín, Estados Unidos puede reclamar gran influencia en estos aspectos también. En tiempos antiguos, el griego era el lenguaje de la filosofía, hoy el inglés es la lengua franca del planeta para todo, desde tráfico aéreo hasta entretenimiento. Las universidades de Estados Unidos dominan un alto nivel educativo, mientras un grado cultural no tal alto fluye en el mundo a través de Spielberg, Starbucks y MTV. Música americana, comida, idioma, estilos de trabajo y educación son inevitables pasar por alto.

Estados Unidos ha probado ser reacio al ejercer un control formal y prolongado sobre los estados o la gente, quien no tiene la opción de llegar a ser ciudadano en un país cuyos textos sagrados empiezan con “We the people” y hablan de “inalienable rights” (Cohen; 2004, 54), lo cual celebra el autogobierno y la igualdad legal. Pero en realidad, Estados Unidos actuó con vigor y en su momento “el compromiso imperialista permitió que la bandera avanzara pero negó que la constitución siguiera a la bandera (McDougall; 1997, 48). Estados Unidos anexó territorios pero no permitió que la población participara de los privilegios de pertenecer al nuevo país, la mayoría de las veces por cuestiones raciales o por considerar incapaces a los bárbaros de autogobernarse.

En una perspectiva histórica, se sugiere que la democracia y el imperio son incompatibles. La historia muestra las dificultades de la democracia en un imperio, pues se presentan presiones a la necesidad imperial, exigencias, corrupción e incluso se destruyen las libertades, como el camino a la democracia. Ciertamente, se está de acuerdo en que el intento de Estados Unidos de crear un Irak democrático, aunque nadie se atreve a sugerirlo

al menos públicamente, fue debido a que los iraquíes son considerados por virtud de historia, cultura, fe o raza incapaces de regirse a sí mismos. Los norteamericanos tienen la intención de esparcir la democracia y seguramente, no más ni menos sinceros que las *missions civilisatrices* de los poderes imperiales del pasado. Pero el hecho básico es que: los imperios se han disuelto y no retornarán.

Al hablar acerca de Estados Unidos como un imperio es, desde este punto de vista, entrar en un anacronismo potencial y peligroso, una tentación al “hubris, overstretch, and disregard of the claims of the international community” (Cohen; 2004, 55). Pero ningún líder en la siguiente década o dos llamará a una dramática reducción en el gasto de defensa o negará que este país deba ser el más fuerte del mundo, listo para ejercer su poder globalmente y actuar de manera unilateral si es necesario. La “edad de imperio” puede terminar entonces, pero la edad de una hegemonía americana ha empezado. Con respecto a ¿cuánto durará? nadie lo sabe, mas no se pueden ignorar las lecciones y analogías de la historia imperial (Haass; 1999, 26).

La lógica de la Guerra Fría fue una lucha ideológica en un contexto bipolar. La lógica de las políticas internacionales contemporáneas es la superioridad y el descontento. La primera lección de la historia imperial, es que en ausencia de rivales no se aminoran los negocios para los hombres de estados. En cambio, en la mente de los líderes romanos durante la República y el Imperio, se pensaba en encontrar líderes que quitaran peso a las ansiedades.

El poder imperial, en su contexto se enfrenta con la fundamental desventaja de los pequeños estados y movimientos políticos: sus líderes no pueden concentrarse en la manera en la que sus oponentes pueden. Los actores pequeños quienes reconocen esto, pueden manipular un centro político imperial. La política exterior de Estados Unidos padece de un

problema similar: el país y su poder demandan exceder la capacidad de maniobra de hombres y mujeres a quienes maneja. La decisión de este país de crear una elite, sin una uniformidad social y cohesión como la de un senado romano (con líderes de asuntos políticos, militares, religiosos etc.). Aunque la hace abierta y dinámica, a su vez la hace también difícil de gobernar (Mandelbaum; 2002, 31).

Ser un imperio implica ser envidiado, resentido y a menudo suficientemente odiado. En cuanto a los problemas imperiales se encuentra la política imperial. El mundo antiguo consideraba al éxito de Roma tanto maravilloso como enigmático. Los romanos se veían con cultura profunda, como prudentes hombres de estado e invariablemente con armadas exitosas. Ellos administraban para conquistar su mundo y mantenerlo. Los antiguos se sorprendían de cómo ellos lo hacían.

Se buscó una explicación para esto en el rol del senado, el cual a pesar de que estaba internamente dividido proveía de acuerdos y directrices para organizar políticas en las turbulencias. Fue consistente el estilo imperial que persistía en dejar de lado el asenso y descenso de los cónsules y dictadores. La regla era simple por encima de todo, la constante de divide y vencerás. Esta fue la conducta simple y común para dirigir los asuntos internacionales.

No fue un accidente que Roma nunca enfrentara una coalición de muchos poderes o gente que se opusieran a él. Roma ascendió sin orden y sin peligros. Enfrentó muchos y numerosos enemigos, astutos comandantes y a los más feroces guerreros. Roma escogía sus batallas y tuvo cuidado de no tomar a todos los grandes poderes del mundo de una sola vez y tampoco permitió que los poderes se unificaran en contra de él (Grant; 1960, 19). Una pieza de sabiduría que dos milenios después, el imperio alemán no aprendió. En el 2003, Estados Unidos tropezó con una situación similar, cuando después de décadas de ser

indiferente a la formación de la Unión Europea bajo la dirección franco-germana, ésta realizó sus méritos al lado de las débiles facciones dentro de la unión. Estados Unidos resultó ser inepto en la conducta de una política a la que los dirigentes romanos hubieran considerado trivial.

Una de las grandes prudencias del hombre es abstenerse de amenazar o lesionar con palabras a alguien. Los romanos generalmente no protestaban. No proferían amenazas, ellos hacían peticiones y promesas. Es obvio que Estados Unidos es poderoso, particularmente para los que no son norteamericanos, para quienes no es necesario recordárselos. Si Estados Unidos intenta ejercer su poder efectivamente, incluso en contra de los deseos de sus aliados, lo debe hacer con una blanda sonrisa, no con palabras jactanciosas y alardeos. Los estados débiles, inevitablemente verán al más fuerte como un poder arrogante, inconsiderado y demandante. No hay necesidad de exponerlo peor de lo que debe de ser. La discreción de los romanos ofrece un importante ejemplo histórico del acierto romano.

La carga militar de imperios pasados no recayó sólo en el poder del centro. Los *auxilias* romanos quienes eran indispensables para el éxito de la armada construida alrededor de la legión, eran una obra maestra de la antigua organización militar (McManus; 2004, <http://www.vroma.org...>). Incluso Estados Unidos tiene o tendrá lejos pocos soldados para los asuntos de mano. De alguna manera, Washington ha tenido éxito en manejar a sus *auxilias*. La Organización del Tratado del Atlántico Norte (NATO) es en términos prácticos, una alianza militar que permite a Estados Unidos llevar fuerzas, aparte de las suyas, para resistir en la inestable periferia de Europa. Pero de otra forma, Estados Unidos ha sido el maestro del arte de desarrollar instituciones militares extranjeras, esencialmente cuando esto debe hacerse pacíficamente.

Estados Unidos tiene la esperanza de controlar el mantenimiento de la paz y la intervención humanitaria en los pequeños países, lo cual está fuera de lugar: los *auxilias* no pelean sin legionarios (McManus; 2004, <http://www.vroma.org...>). Por otro lado el gobierno imperial requiere procónsules, la necesidad de delegar autoridad y responsabilidad es obvia y sin la cual ningún imperio ha sobrevivido. Estados Unidos no rige partes del mundo en la manera en la que los imperios europeos lo hicieron. Comandantes de combate han servido como sus procónsules.

Su presencia en las regiones ha sido usualmente pequeña con embajadores, sus secretarios y asistentes de estado. Ellos han tenido una perspectiva regional, sofisticados *staffs* y los recursos para hacer que las cosas sucedan. No es de sorprenderse que gran parte de la política en el exterior de Estados Unidos haya sido militarizada a expensas del Departamento de Defensa, cuya fortaleza colectiva se ha relacionado raramente con la calidad de los diplomáticos individuales.

Como pasó en el caso de Roma, los procónsules han sido politizados. Una vez sin uniforme ellos se creen políticos y una vez retirados irán para presidentes. Una actividad reservada para comandantes exitosos en grandes conflictos. Estados Unidos debe crear su propia visión de residentes y procuradores. El problema de Irak seguido al derrocamiento de Sadam Husein mostró que a pesar de las habilidades en las armas, Estados Unidos no tienen la capacidad de administrar más no de organizar. Habilidad necesaria para establecer el orden y empezar a establecer instituciones internas que advertirían una recaída a la violencia y el desorden. Efectivamente, en este aspecto, la analogía imperial se estropea. En los viejos tiempos los grandes poderes, por razones de orgullo y codicia, deseaban las colonias. En el siglo XXI en contraste, la proyección de poder en otro país resulta, no en el atractivo de una ganancia o ambición, sino del miedo y del caos (Cohen; 2004, 61).

La regla formal colonial ha perdido legitimidad y ahora ha sido substituida. La administración internacional como las Naciones Unidas pueden ultimadamente proveer de esta legitimidad para tal regla (Mallaby; 2002, 63). A pesar de que los individuos y las naciones han servido valiente y efectivamente, las Naciones Unidas han fallado en contrapesar sus éxitos. Incluso, esos éxitos han requerido ser respaldados por poderes militares actuando fuera del propio interés.

Para legalizar la regla del poder colonial por otro nombre y crear instituciones que puedan conducirlo, ha llegado uno de los más grandes cambios del estado contemporáneo. Necesario no sólo para facilitar la miseria de la anarquía, sino también para advertir los peligros posados en la anarquía en la edad de las armas de destrucción masiva y los suicidios de los bombarderos. Muchos de los problemas que enfrenta Estados Unidos nos llevan a pensar en imperios del pasado y eso requiere reflexión. El resultado de tal reflexión es sobrio, porque pronto viene el tiempo cuando el imperio se ve tan atractivo, que llega a al clímax del éxito e influencia (Mallaby; 2002, 69).

Estados Unidos hoy tiene menos opciones con respecto a su rol en los asuntos del mundo, de los que se preocupan sus lideres y sus críticos o sus ansiosos amigos y numerosos enemigos. La lógica del imperio es una lógica de extensión y de estrategia. El difícil problema que enfrenta este imperio, es que está sobre comprometido y sobre extendido (Cohen; 2004, 63).

Nunca se pensó que Estados Unidos llegaría a ser un imperio, pero hoy en día esta obligado a gobernar globalmente. La pregunta no es si Estados Unidos buscará llenar el vacío creado por los desaparecidos imperios europeos, sino si sabe qué es lo que está haciendo. El primer obstáculo para su conocimiento, es el temor de que un imperio es posible. Es cierto, que imponer orden en estados fracasados es caro, difícil y

potencialmente peligroso (Mallaby; 2002, 69). Entre 1991 y el año 2000 Estados Unidos gastó miles millones de dólares en intervención militar en los Balcanes. Un esfuerzo comparable fue el de Afganistán, una región mucho más grande y con tradiciones profundas de violencia, por lo cual costó mucho más. Estos gastos han sido justificados con el costo de las guerras contra terroristas, traficantes de drogas y otros criminales internacionales.

Para determinar el alcance de Estados Unidos es necesario considerar la cambiante naturaleza del concepto de imperialismo. Cabe hacer entonces una distinción entre el viejo y el nuevo imperialismo mostrando que han aparecido la rivalidad industrial dentro de las naciones ya industrializadas, tales como Estados Unidos, Japón, Francia y Alemania. Es así como los poderes económicos se reubican en un pequeño número de firmas, tanto industriales como financieras, que están integradas unas con otras (Mallaby; 2002, 70-71).

El que estas firmas hayan ganado tal poder, se debe a las ventajas tecnológicas en el acero, química industrial, petróleo y electricidad. Estas nuevas tecnologías proveen de un nuevo marco de concentración de poder. Estas corporaciones mantienen demasiado poder alrededor del mundo. Al crecer el mundo del comercio, hizo que creciera la banca comercial y por lo tanto que el mercado mundial fuera controlado por los precios. Estos adelantos permitieron un rápido aumento en la industrialización de Estados Unidos (también como en Japón, Alemania, Francia y otros) (Mallaby; 2002, 73).

Es importante señalar esto, porque el imperialismo ha adecuado su colonialismo a las épocas modernas. Los países independientes, que poseen instituciones sociales y económicas han caído bajo la dominación de Estados Unidos o de países fuertes. Han llegado a ser dependientes, sin haber atravesado la fase colonial que antiguamente precedía al imperialismo. Aunque el colonialismo es cosa del pasado, los determinantes del imperialismo aún persisten: la estructura monopólica de los grandes negocios, la necesidad

de crecimiento de los centros económicos que alojan a estos grandes negocios, el mantenimiento de una división (internacional) de trabajo, la continua rivalidad de los poderes industriales (Magdoff: 2003, 109-110). El término Imperio Americano es hoy en día más usado como una expresión derogatoria para personificar la presencia militar y cultural americana alrededor del mundo.

Lo que nos lleva a mencionar el principal objetivo de Estados Unidos, el cual ha sido abrir las oportunidades de inversión a las corporaciones norteamericanas y permitir a tales corporaciones ganar acceso preferencial a los recursos naturales. Este tipo de expansión promueve la hegemonía de Estados Unidos e intenta acrecentar la competitividad de las firmas norteamericanas así como las ganancias de las que disfrutan. Al mismo tiempo este expansionismo promueve los intereses de otros estados y del capitalismo (Mandelbaum: 2002, 37). Sin embargo, frecuentemente esto pone a Estados Unidos en conflicto con otros estados imperiales, que también juegan un rol dominante. Además, la lógica de un imperio milita en contra de todos los intentos por cambiar el status quo en la periferia del sistema, sino es que en el centro también.

Por estas razones el militarismo y el imperialismo son inseparables del capitalismo americano, en tanto que ellos son capitalistas del todo. Aunque Estados Unidos es el país que mayor gasto militar tiene (Deen; 2004, <http://www.dawn...>), se encuentra a sí mismo constantemente necesitado de más armamentos, sistemas nuevos de armas y más soldados. Esto trae como consecuencia un incremento en la manutención militar, siempre que es necesario restaurar su hegemonía política y económica en escala global. Es así como el problema de la sobre extensión ha llegado a ser crónico e insuperable.

3.2 El Peso del Gasto Militar

¿Cómo se puede comparar Estados Unidos con Roma? Empezando por las reservas monetarias del imperio y su fortaleza militar. Las legiones Romanas se encargaron de informar su modo de poder mundial, sufriendo una serie de desastres militares en el proceso: galos, griegos, cartagineses, persas y numerosos bárbaros infligieron en las derrotas de las fuerzas romanas. A tal grado que incluso las tropas de Estados Unidos no han sufrido algo semejante ni en los primeros días de la guerra de Corea (Cohen; 2004, 50).

Las legiones derramaron su sangre en guerras, enfrentamientos entre los rivales de los dictadores y revueltas masivas por sometidos humillados y motines. Roma reclutó muchos de sus soldados en tierras conquistadas. Estos soldados poseían lealtad principalmente a sus propios líderes y a sus respectivas tropas, no al gobierno, constitución o tierra (Mellor; 1997, 111). Aunque Roma dominó su mundo, lo hizo no con algún tipo de seguro o solidaridad doméstica como la de Estados Unidos. Estados Unidos actualmente cuentan con la mitad del gasto de defensa global, más que el doble del total del gasto militar de sus aliados europeos (Deen; 2004, <http://www.dawn...>). Así es como en cada esfera de la guerra, Estados Unidos domina un fenómeno sin precedentes en la historia militar.

En tierra, aire o mar, la tecnología militar de Estados Unidos sobrepasa a cualquier oponente potencial. Ningún otro poder tiene la habilidad de movilizar tantas y tan sofisticadas fuerzas alrededor del mundo. De coordinar y dirigir sus propias fuerzas y las de sus aliados, de mantener equipadas a sus tropas, alimentadas y sanas; de apoyar a sus tropas con precisión, información e inteligencia. Visto desde fuera, puede ser que el mundo no haya visto nada como la milicia de Estados Unidos.

Hoy en promedio, el ejército de Estados Unidos cuenta con el mejor equipo que ninguna otra unidad en el mundo posee. Los entrenamientos más efectivos en las filas y tiene a los oficiales y sargentos mejor instruidos por el sistema militar más minucioso, profundo y concienzudo de la historia. Esta ventaja cualitativa se lleva a cabo en todos los niveles de las fuerzas armadas. Ningún otro país se acerca remotamente a tener los recursos que Estados Unidos tiene destinados para la defensa, casi 379 mil millones de dólares de presupuesto (Deen; 2004, <http://www.dawn...>) o la acumulación de capital militar-industrial, resultado de años de gasto en construcción e infraestructura. Ningún otro centro de investigación puede compararse con el de Estados Unidos, el cual recibe más dinero que el presupuesto completo de defensa de sus aliados europeos.

Pero nuevamente, visto desde fuera parece diferente. Los generales y políticos se inquietan con fuerzas muy pobres. Se anticipan a las amenazas de oponentes irregulares y poco convencionales, quienes evaden las fuerzas de Estados Unidos y buscan sacar sus debilidades. Se preocupan por sus maestros políticos que sucumbirán en la intoxicación del gran poder o de que sus ciudadanos seguidores caerán antes de que entiendan el compromiso de dinero y sangre que una guerra requiere. Estos líderes entienden más que sus superiores civiles la fragilidad de su fortaleza militar. Pero esto no mina el factor básico de la superioridad de Estados Unidos.

Hay muchas razones para este alto costo entre las cuales se encuentra, que el gobierno se ha visto en la necesidad de mejorar su defensa a partir del ataque terrorista del 11 de Septiembre, lo que ha implicado un mayor gasto. Otra razón es que Estados Unidos al ser el único súper poder, obviamente tiene demasiados ejércitos alrededor del mundo a los cuales mantener. El ser el único súper poder implica tener muchos enemigos. Sólo por referencia, el costo de la guerra de Vietnam en 1972, para el gobierno de Nixon fue responsable no sólo

del déficit presupuestario más grande desde la Segunda Guerra Mundial, sino de dos de los más grandes de la historia del país (Degler; 1981, 633).

Una vez que la capacidad productiva encumbra a los países, normalmente es fácil mantener las fronteras pagando armamentos a gran escala en tiempos de paz y mantener la gran demanda de ejércitos y flotas en tiempos de guerra. Suena crudamente mercantilista si se explica de esta manera, pero la riqueza usualmente necesita adquirir y proteger riqueza. Sin embargo, si una gran porción de recursos de un estado es desviada de la creación de riqueza y se destina en su lugar, a propósitos militares, entonces esto resultará en que probablemente se gobernará a un poder nacional débil a largo plazo (Peterson; 2004, 74).

Del mismo modo, si un estado se sobrextiende así mismo estratégicamente, es decir, aplica la conquista excesiva de territorios o hace la guerra costosa, éste correrá el riesgo de que los beneficios potenciales de una expansión externa puedan ser perdidos por los grandes costos de todo. Un dilema que llega a hacer agudo, si la nación involucrada ha entrado en un periodo de relativo declive económico.

Los romanos dependían de su ejército, tanto para intimidar a una población como para ganar y mantener un territorio. Mientras más se ampliaba el imperio más difícil era mantenerlo y defenderlo de invasiones extranjeras, lo que permeó grandemente la economía de Roma. Cuando el ejército no fue suficiente para conservar la seguridad y la estabilidad de tan vasto territorio, el imperio se vino abajo. Los emperadores empezaron a depender de manos extranjeras para defender su tan vasto territorio, pues en los romanos no existía ningún incentivo para ir a la guerra. Estas manos estaban carentes de patriotismo y sus únicos intereses eran la ciudadanía y el ser alimentadas (Holt; 1970, 25).

Semejante a lo que sucede con la situación que vive Estados Unidos actualmente. El ejército norteamericano permea la economía de este país. Aunque existen voluntarios norteamericanos para servir en el ejército. Son más los extranjeros interesados, en su mayoría

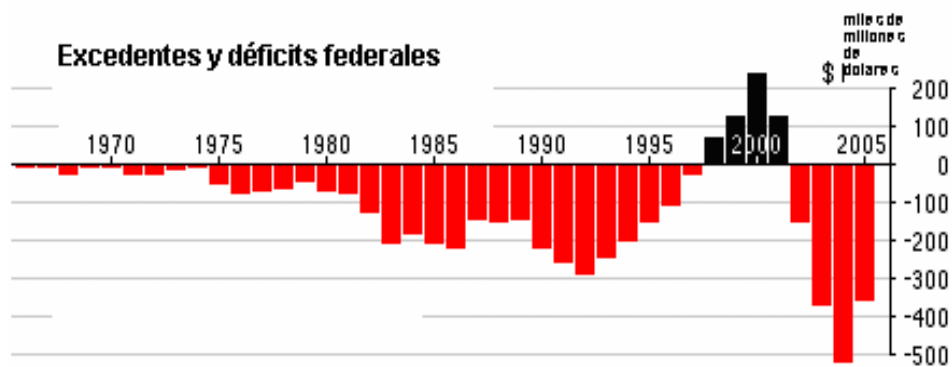
ilegales que salen de su país en busca de una mejor calidad de vida, en obtener la tan famosa *green card* y los privilegios que ésta significa para un ilegal.

El término “romano” no era una descripción étnica pero si política (Mellor; 1997, 111). Roma exitosamente asimiló muchos y diferentes grupos, a los cuales, gradualmente les extendió su ciudadanía. La ciudadanía no incluía el derecho al voto excepto a niveles locales, pero la gente valuaba mucho los privilegios legales y económicos de ser ciudadano. De la misma manera que se valora hoy en día la ciudadanía estadounidense.

De este modo se puede observar, que desde entonces hasta hoy, el mantenimiento de un ejército de tales dimensiones implica un fuerte gasto para el gobierno. En épocas de crisis éste afectaba gravemente la economía de Roma o de cualquier país con una milicia de dimensiones importantes como lo es por ejemplo, Estados Unidos hoy en día.

Una de las consecuencias de tales gastos es el déficit que vive Estados Unidos actualmente. Este país está pidiendo prestado cerca de 540 mil millones de dólares por año (Peterson; 2004, 75) al resto del mundo para pagar y financiar su déficit en el consumo americano de bienes y servicios así como sus transferencias para ayuda al extranjero. Este déficit sin precedentes en la cuenta corriente, es pagado a través de préstamos directos y de ventas netas de los activos de Estados Unidos a personas o negocios extranjeros. Estados Unidos importa aproximadamente 4 mil millones de dólares de capital extranjero cada año, la mitad de esta cantidad es utilizada para cubrir el déficit de la cuenta corriente y la otra mitad la utiliza para financiar las inversiones en el exterior.

Gráfica 1. Excedentes y déficits federales.



Fuente: Firestone, David. “Sharp reversal in US from Surplus to Déficit”. *Internacional Herald Tribune*. New York. <http://www.iht.com>. 2004

Los déficits presupuestales son financiados con dinero prestado, que a la vez incrementa la deuda nacional. Las generaciones que venideras pagarán sólo los intereses de esta deuda. A pesar de que ellos nunca pidieron el dinero prestado (Firestone; 2004, www.iht.com).

Grafica 2. Deuda nacional e Intereses en la deuda pública.



Fuente: Firestone, David. “Sharp reversal in US from Surplus to Déficit”. *Internacional Herald Tribune*. New York. <http://www.iht.com>. 2004

El aumento del déficit en la cuenta corriente durante los últimos 30 años, está ligado a la disminución de los ahorros nacionales de Estados Unidos. Los cuales son controlados en parte, por el aumento en el déficit presupuestal federal de Estados Unidos. Los préstamos crónicos han acumulado grandes deudas en otros países. Los ciudadanos norteamericanos son los que deben pagar por este aumento de responsabilidades, con un cargo a la deuda de servicios que anualmente está aumentando. La cual consiste principalmente en pagos de intereses y dividendos. Este cargo es muy sensible a las tasas de interés, estos suben cuando las tasas de interés suben y su aumento con el tiempo aumentara también el déficit en la cuenta corriente (Peterson; 2004, 76).

En ausencia de un incremento en el ahorro nacional, la gente tendría que verse en la necesidad de invertir cada vez menos en su propia economía y el pago de la deuda de servicios no aumentaría mucho. Los norteamericanos por lo tanto, simplemente harían menos capital, tendrían un lento crecimiento en su *Gross Domestic Product* (GDP) y por supuesto un aumento lento en tasa de en los estándares de vida (Peterson; 2004, 76).

Estados Unidos debe ejercer su liderazgo global y lograr que las regiones y los países cooperen con él pero ¿a qué costo? La realidad es que la economía americana ha disminuido su influencia aunque no lo parezca. Hace 25 años, Estados Unidos era aún la economía líder de la tierra; 20 años después sus activos globales exceden sus responsabilidades. Hoy, sin embargo, la posición de su red de inversión se está hundiendo por debajo de los 3 billones de dólares (*trillions*). Estados Unidos puede esperar que el resto del mundo no gobierne sus ilimitados fondos para siempre. Eso desea, sin embargo es irreal (Peterson; 2004, 80).

Defender a la nación en contra de los enemigos, es el compromiso fundamental del gobierno federal de este país. Hoy el objetivo ha cambiado drásticamente. Los enemigos en el pasado necesitaban de grandes armas y enorme capacidad industrial para hacer daño a Estados Unidos. Actualmente las redes informáticas (producto de las aportaciones capitalistas de Estados Unidos al mundo que hoy se le revierte) de individuos en las sobras pueden traer consigo el caos y sufrimiento a este país, con mucho menos costo que el que implica comprar un tanque de guerra. Los terroristas están organizados para penetrar en las sociedades abiertas y poner el poder de las tecnologías modernas en contra de este país.

Un emperador astuto convertía la pasión y lealtad en una ventaja para el imperio. En estos tiempos se creía que “con la tutela del emperador, los romanos no tenían necesidad de inquietarse por el mañana. Roma no tenía rival y frente a la civilización romana no había competidor. La opinión general era que Roma, su civilización y su sistema político eran todos por igual inmortales” (Rostovtzeff; 1993, 260-61). En Estados Unidos, el país omnipotente, el único súper poder, este lugar lo ocupa el presidente George Bush. Los acontecimientos de los últimos años hablan por sí solos, con respecto a su actuación como el Emperador de la Nueva Roma.

3.3 Resquebrajamiento Social

La altivez de los viejos ciudadanos hacia los inmigrantes dañó la salud política y social. Hubo un tiempo en que los inmigrantes tenían la facultad de votar sin la necesidad de naturalizarse y los políticos se dedicaron a cultivar a esos electores. La política generosa en materia de naturalización, más tarde refrenada, contribuyó no sólo a poblar Estados Unidos, sino a forjar su nacionalidad.

Estados Unidos siguió el mismo patrón que Roma al principio, pero más tarde la ciudadanía la convirtió en un privilegio. El Imperio Romano estaba compuesto por muchos grupos étnicos, quienes hablaban docenas de lenguajes. Italianos, judíos, egipcios y griegos todos podían llegar a ser ciudadanos del Imperio Romano, si el emperador decidía garantizarles ese estatus. El término “romano” no era una descripción étnica pero si política (Mellor; 1997, 111). Roma exitosamente asimiló muchos y diferentes grupos a los cuales, gradualmente les extendió su ciudadanía. La ciudadanía no incluía el derecho al voto excepto a niveles locales, pero la gente valuaba mucho los privilegios legales y económicos de ser ciudadano.

Estados Unidos recibió durante mucho tiempo, con los brazos abiertos a millares de agricultores europeos que se convirtieron en norteamericanos. Lo grave del caso es que Estados Unidos después de haber estado a punto de inspirar a todo el género humano el ideal revolucionario, renegó de su paternidad, cerró sus puertas a la inmigración y se convirtió en una sociedad opulenta. Estados Unidos obra hoy, en defensa de sus intereses creados. Aboga, como la antigua Roma, por la conservación de sus privilegios.

En todas las comunidades extranjeras que caían bajo su dominio, Roma apoyaba a los ricos frente a los pobres. Y como los pobres siempre han superado en número a los ricos, la política de Roma fomentó la desigualdad, la injusticia y la menor felicidad del mayor número.

En el espíritu que anima la actual política norteamericana, ya no hay el entusiasmo y la confianza que motivaron a la original revolución norteamericana. El haber cerrado las puertas a la emigración y el realizar discriminaciones raciales, son hechos que atentan contra el espíritu norteamericano y su esencial vocación democrática, aunque se realicen fuera del suelo de Estados Unidos.

¿Por qué Estados Unidos no ha conseguido la buena voluntad del mundo? Porque ha construido un imperio norteamericano. La opulencia trae consigo una pena. La opulencia y los sentimientos raciales son dos grandes aislantes, los norteamericanos que residen fuera de Estados Unidos no se mezclan casi con los oriundos del país en que están. Ponen a sus hijos en colegios norteamericanos, se nutren de comida norteamericana y tiene como puestos de aprovisionamiento los *post exchange*. Viven exactamente como si se hallaran en Estados Unidos (Basave; 1974, 163).

Pero se tienen que afrontar los cambios raciales, étnicos para aminorar la actitud de “nosotros” versus “ellos” (Hunter; 1991, 42). Estos diferentes puntos de vista: el trabajador versus el CEO (*Chief Executive Manager*); educado versus inculto, joven versus viejo, blanco versus negro, nativo versus inmigrante, crean profundos huecos en la sociedad, además de polarizarla (Hunter; 1991, 42). Justo como las dos partes, al mismo tiempo se ven forzadas a tomar posiciones extremas en muchos aspectos, son muchos los que denuncian las injusticias en estas mismas situaciones.

Por otro lado, también es importante considerar dos problemas que preocupan a la sociedad norteamericana, este país está sufriendo cambios en la población denominados como *Browning*, de color café. Resultado de los las migraciones provenientes del Sureste de Asia o Latinoamérica. Esto se refiere a que la mayoría de los norteamericanos no serán blancos nunca más, algo semejante a lo que sucedió con al Imperio Romano y los bárbaros.

En el sentido de que los bárbaros poco a poco fueron integrándose al imperio hasta que lograron que este dependiera de ellos.

Los nuevos norteamericanos no son ‘norteamericanos puros’. Lo que diversificará tanto a la cultura como la constitución de población, debilitando las bases de los valores e identidad americanas, símbolo de su excepcionalismo. Ya que de manera natural estas nuevas culturas modificarán la norteamericana, al no tener el mismo sentido nacionalista por el país que un americano nato. Este país es cada vez más multicultural lo que produce más beneficiados que afectados, obviamente visto desde un punto de vista americano afecta la identidad y unidad americana.

El problema no es de qué raza son los nuevos norteamericanos o de dónde provienen estos nuevos inmigrantes, sino que a pesar de que Estados Unidos es considerado “the world’s last superpower” (Buchanan; 2002, 127). Este país carece de la fortaleza para defender sus fronteras y demandar, que los inmigrantes asimilen su sociedad. Si la asimilación falla, escribe Huntington, “the United States will become a cleft country with all the potentials for internal strife and disunion that entails” (Huntington; 1996, 305). *Greying* es otro concepto que ha surgido para hacer referencia a que la gente cada vez se está haciendo más fría y anciana. La variedad de razas, orígenes étnicos, los grupos de varias tamaños y edades. Diferentes tipos de familias, incluso los roles de género de los norteamericanos tienen importantes implicaciones para el gobierno y sus políticas.

Finalmente es importante mencionar que los problemas sociales minan la estabilidad política de Estados Unidos internamente, problemas como la adicción a las drogas así como el tráfico de éstas, son prioridad en las políticas del gobierno, ya que afectan tanto la seguridad como la salud de la población en su conjunto. Como se mencionó en el capítulo anterior, en Estados Unidos aproximadamente un 6.7% de la población estadounidense

(14.8 millones) consume drogas todos los meses (ONDCP; 2004, <http://usembassy.state.gov...>). La Oficina de Política Nacional de Control de Drogas (ONDCP por sus siglas en inglés) estima que existen aproximadamente cinco millones de consumidores crónicos de drogas y que éstos representan aproximadamente dos tercios del consumo de cocaína y heroína. A estos adictos crónicos se debe una parte considerable de los crímenes y la violencia asociados con el consumo de drogas.

Además de que cada año, el consumo de drogas ilícitas le cuesta a la sociedad americana unos 110,000 millones de dólares; provoca más de 500,000 visitas a las salas de emergencia de los hospitales y tiene como resultado 50,000 muertes relacionadas con drogas. El examen de más del 50% de los hombres adultos arrestados en 1999 produjo resultados positivos de por lo menos una droga, según un estudio realizado en 34 lugares en Estados Unidos. Más de 1.5 millones de ciudadanos fueron arrestados en 1999 por infracciones a las leyes contra las drogas. Aproximadamente un 33% de los presos en cárceles estatales y un 22% de los presos en prisiones federales declararon haber estado bajo la influencia de drogas ilícitas al cometer los delitos que los llevaron a la cárcel (ONDCP; 2004, <http://usembassy.state.gov...>).

El total de gastos federales para tratamiento, prevención, educación e investigación asciende a casi 6.000 millones de dólares. Organizaciones privadas y no gubernamentales gastan de 5 mil a 6 mil millones de dólares adicionales en la reducción de la demanda a los niveles estatales y locales. En la última década la inversión federal en la prevención aumentó un 45%, hasta más de 2.500 millones de dólares anuales (ONDCP; 2004, <http://usembassy.state.gov...>). En la última década el gasto federal para tratamientos aumentó un 60%, ascendiendo a 3.200 millones de dólares anuales. Estados Unidos planea también gastar el año próximo 1.200 millones de dólares en la interceptación y 9.900 millones de

dólares en programas nacionales de aplicación de la ley relacionados con las drogas (ONDCP; 2004, <http://usembassy.state.gov...>)

Con respecto al impacto internacional de las drogas según el Informe Mundial 2000 de la ONU sobre Drogas, 180 millones de personas (el 42% de la población mundial) consumen drogas ilícitas todos los años y sólo Estados Unidos consume 300 toneladas métricas. Además del enorme costo social, la producción y el tráfico de drogas amenazan la estabilidad en regiones de importancia para Estados Unidos. Al debilitar el imperio de la ley y alentar la corrupción gubernamental, el lavado de dinero, las distorsiones económicas, el contrabando de armas, el terrorismo y la violencia. Todo esto nos lleva a concluir que Estados Unidos nunca podrá ser derrotado por un país extranjero, si éste colapsa será por el peso de sus asuntos internos.

3.4 Pérdida de Valores

“La arrogancia del poder y su posible uso, embriaga, ensordece y obnubila” (Basave; 1974, 161). El hablar de Norteamérica como una nueva Roma, es hablar de un país que no se embrolla con la administración de los pueblos conquistados. Le basta con extraer las riquezas de los países que caen bajo su imperio y deja para los nativos el fastidio de su gobierno.

Cabe hacer una aguda observación sobre el nuevo tipo de imperialismo, muy diverso de los antiguos imperios y que no ha perdido su vigencia. El imperio de los incas y el de los aztecas para hablar de la historia del continente americano, jamás fueron tan efectivos y tan dueño de sus vasallos, como lo es el de Estados Unidos. Los latinoamericanos envían a Estados Unidos materias primas. Pero ¿quién ignora que el control de precios y hasta la cantidad de abastecimiento está en manos de la Nueva Roma? Estados Unidos no controla tan sólo sus territorios, Alaska, las Islas Hawaianas y Puerto Rico. Su efectiva esfera de control indirecto se deja sentir en el Medio Oriente, en el subcontinente de la India, en las Indias

Orientales, en Japón en Europa en los territorios boreales y australes, en América Latina y en Australia.

¿De dónde proviene entonces esa arrogancia por el poder? El norteamericano está convencido de que su país es hoy en día el más poderoso y el más rico. Sabe que ha ganado casi todas las guerras en las que ha participado (la excepción es Vietnam). Tiene conciencia de que Estados Unidos tiene el nivel de vida más alto que registra la historia. La soberbia americana se basa en un sistema político, que aun reconociendo sus defectos, consideran el mejor del mundo. Es la democracia, la elección de sus gobernantes por el pueblo. No han conocido otro gobierno ni tiene interés en conocerlo. Como en las películas de *cow boys*, el mundo está dividido para el norteamericano ingenuo en el grupo bueno y el grupo malo. Estados Unidos está siempre en favor del bueno. Incluso las acciones más brutales están avaladas por un ideal. Las raíces puritanas de la nación no se han secado aún.

El norteamericano de clase media piensa que todo lo que se aparta del *american way of life* es mero extravío. Fuera de esta forma de vida no se puede encontrar la felicidad. El expresidente Herbert Clak Hoover dijo, hablando de los negros, que esa ‘orpimida minoría poseía más coches que los que ruedan en toda la Europa oriental’ (Basave; 1974, 162). Haciendo tabla rasa de su pasado europeo, el norteamericano medio se siente nacido con la independencia. Lo que han hecho sus antepasados europeos no le concierne. Cuando un europeo llega a Estados Unidos renace a una nueva vida y a una nueva tierra de promisión. Es como si se purificase: *I am american citizen*, dice el americano como si dijese: *civis romanus sum*. El inglés le basta para ir por todo el mundo y sus dólares se los aceptan hasta en el último rincón de la tierra, por eso piensa fuerte.

El complejo de superioridad americano no llega jamás a despreciar como suele suceder en otros países, al extranjero. Aunque no se le comprenda bien, se le “tolera”. Aunque los negros hayan sufrido discriminaciones, lo cierto es que no se han ido a vivir permanentemente

a Francia, Inglaterra o África por ejemplo. Se quedan en su casa para seguir luchando por sus derechos. Lo mismo podríamos decir de los chicanos, de los italianos o de los japoneses, residentes en Estados Unidos.

Por otro lado, el capitalismo americano ha perdido su legitimidad tradicional, la cual estaba basada en un sistema moral de recompensa, con raíces en la santificación protestante del trabajo. Ha sido substituido por un hedonismo que promete comodidades materiales y lujos. La cultura ha sido dominada por el principio de la modernidad que se ha vendido más barato que la ética protestante que suministraba la formación moral a la sociedad.

La interposición del modernismo como un modo desarrollado por serios artistas, la institucionalización de formas de interpretación de la cultura de las masas y el hedonismo ha promovido el estilo de vida del sistema de mercado de los negocios (Bell; 1978, 82). Esto constituye lo que Daniel Bell considera la contradicción cultural del capitalismo. La transformación cultural de la sociedad moderna se debe al singular aumento del consumo masivo, la difusión de lo que se ha considerado lujos de las clases medias y altas en la sociedad (Bell; 1978, 65). El consumo masivo significa aceptación, en el área crucial del estilo de vida, la idea del cambio social y transformación personal, lo que da legitimidad a aquellos quienes buscan innovar y gobernar el estilo en la cultura, también como en la producción. Las corporaciones promueven placeres, disfrutar el instante, relajación y el dejar pasar en sus productos y anuncios.

Lo moderno trajo consigo el rechazo a los límites, la insistencia en los continuos logros y que el mundo actual posea un destino que esté siempre más allá. Más allá de la moralidad, de la tragedia y de la cultura. La erosión de los valores tradicionales norteamericanos se dio en dos niveles, en la cultura y las ideas. El ataque del estilo de vida y la transformación en la estructura social, el cambio de las motivaciones y las recompensas del sistema económico (Bell; 1978, 82).

Finalmente, la versión de libertad política y económica, paz, libertad, sociedades abiertas de Estados Unidos; es interpretada por la historia con detalles relativamente recientes. Masacres, asesinatos, desastres ambientales, crímenes de guerra, corrupción gubernamental, contras, encubrimientos, puestos manipulados y apoyo a dictadores en regiones estratégicas del mundo, retiros caros y forzosos de títeres de la CIA sancionados por Estados Unidos por actuar mal. Todo esto fue en nombre de la libertad, paz, sociedades libres y abiertas. Ese lamentable ciclo trae consigo a cuentas Irak.

3.5 En el Vértice de la Decadencia

Desde que Estados Unidos empezó a conducir las operaciones militares y de inteligencia después de la Guerra Fría, en cercana coordinación con las reformas del libre mercado y con la guía del Fondo Monetario Internacional. Ha tenido éxito en desestabilizar economías nacionales y en empobrecer a millones.

Con el despliegue de tropas norteamericanas, Estados Unidos alarga su esfera de influencia económica. Los despliegues militares de Estados Unidos promueven la subyugación de las nuevas fronteras económicas (Chossudovsky; 2003, 34). ¿No son estos los actos de un poder imperial? Además, reclamando el derecho unilateral de no hacer caso a las leyes internacionales para invadir y ocupar “failed states” con la apariencia de “cambiar el régimen”, son opciones posibles sólo para un imperio (Chossudovsky 2003, 35; Greider 2002, 26).

Las aspiraciones imperialistas son aparentemente mayores cada día. El unilateralismo de Estados Unidos no empezó con George Bush y no terminará cuando la oficina este vacante. Sin embargo, bajo la administración de Bush, el imperialismo practicado por Estados Unidos ha tomado nuevas dimensiones. Bush mismo está de acuerdo con estos principios y carece del soporte para hacerlos objetivos.

La política de Bush: *you are with us or you are against us* es la doctrina no sólo para *the war on terror*, sino que expresa la política de Estados Unidos para el gobierno global. Siempre que estas acciones imperialistas son cuestionadas, la respuesta es que la amenaza del terrorismo lo justifica todo. *The war on terror* y el 11 de Septiembre fueron las justificaciones perfectas para incrementar, exponencialmente el imperialismo de Estados Unidos.

Este mundo es mucho más complicado como para ser dominado por un sólo estado. Sin embargo parece que Estados Unidos ha llegado a ser el gobernante del mundo. Pero ¿es en realidad Estados Unidos un gran poder liberador, que trae la libertad al mundo que no la tiene? o simplemente ¿Estados Unidos está cayendo en la tentación que ocasionó la caída del Imperio Romano? Lo que es cierto es que la sobre extensión y la codicia han llegado a frustrar la regla del control indirecto.

El gobierno de Estados Unidos no pudo resistir la tentación de embriagarse de ambición. La única preocupación ha sido asegurar su espectro completo de dominación, lo que es su dominio en todo tipo de conflictos, asegurar que son persuasivos en tiempos de paz tanto en tiempos de guerra y preeminentes en cualquier forma de conflicto. En otras palabras, Estados Unidos no es nada más el policía, sino el gobernante del mundo (Achcar; 2002, 90). Aunque Estados Unidos no posee colonias, lo que si es un hecho es que desde el Imperio Romano, ningún otro país ha dominado al mundo cultural, económica, militar y tecnológicamente como lo hace Estados Unidos hoy (Foster 2003, 25).

“They came, they saw, they conquered, and now the Americans dominate the world like no nation before. But is the US really the Roman empire of the 21st century?” (Freedland; 2002, 3) Cada vez que Estados Unidos marcha a la guerra, ningún otro asunto captura más la atención que el poder de Estados Unidos o la escala de su ambición. El referirnos a este país como el “único súper poder” (Huntington; 1999, 16) es preciso y suficiente, pero suena extrañamente modesto. “Hiperpoder” puede apelar al francés;

“hegemón” es el término favorecido por los académicos. Pero imperio es el término sublime, el gorila de las nominaciones geopolíticas y repentinamente esta nominación está rondando a Estados Unidos y a su nombre. Entendiendo como Imperio aquel gobierno o estado que controla a otros estados y a Imperialismo como el sistema de gobierno en el cual un estado controla a otros estados.

Por supuesto, los enemigos de Estados Unidos se han conmocionado con su imperialismo por décadas y lo hacen nuevamente, con la lucha de Washington y su guerra contra el terrorismo que involucra un cambio de régimen en un estado soberano extranjero. Lo que es más sorprendente y mucho más nuevo es que la noción de Imperio Americano ha llegado a ser un debate dentro de este país.

Los estadounidenses deben admitir y encarar sus responsabilidades como los indisputables gobernantes del mundo. El debate del rol americano en el mundo se aceleró desde el 11 de Septiembre del 2001 y a partir de entonces la idea de que Estados Unidos es la Roma del siglo XXI ha ganado interés y conciencia en el mundo. George Bush puede ser comparado con un centurión romano con escudo y espada. Estados Unidos hoy en día, es un majestuoso poder sobre la tierra, tan omnipotente como Roma bajo el gobierno de Julio César.

¿Pero es esta comparación apta? ¿Son los estadounidenses los nuevos romanos? Ciertamente o no son impresionantes las similitudes entre el imperio de hoy y el *imperium* de entonces. La más obvia es la fortaleza militar. Roma fue un superpoder en su momento, presumía de ser la armada con el mejor entrenamiento los más altos presupuestos y el más fino equipo que el mundo haya visto antes, nadie se había acercado a tal magnitud. Estados Unidos es igual de dominante, su presupuesto de defensa es tan grande como el gasto militar del resto del mundo, permitiendo a Estados Unidos desplegar sus fuerzas por casi cualquier parte del planeta con la velocidad de un rayo. Es el país que gobierna la tecnología del globo, por lo tanto emerge como un superpoder sin rival.

Justo como Roma, Estados Unidos es el poder más grande hoy en día. La principal diferencia aparte de Puerto Rico, Hawai y Guam, es que Estados Unidos no tiene colonias formales. De cualquier manera, Estados Unidos ha hecho lo correcto para conquistar y colonizar. No hay cónsules norteamericanos directamente gobernando en el extranjero. Pero esa diferencia entre la antigua Roma y el moderno Washington puede ser menos significativa de lo que parece. Desde la fundación de este país (y el genocidio al conquistar a las naciones nativas) la actual estructura militar (incluyendo bases en 130 países alrededor del mundo) de Estados Unidos, con sus guarniciones alrededor del globo; tiene la misma fuerza que la que tenía Roma. Esto le ha permitido convertir a estas naciones, países y gente en colonias (Ferguson 2004, 87; Freedland 2002, 6).

Mientras que Julio César tomó a los galos, presumiendo de que había sacrificado a millones de ellos, los pioneros norteamericanos pelearon contra los cherokee, los iroqueses y los sioux. Desde el tiempo de la primera llegada a Virginia desde Inglaterra y a partir de que los pioneros empezaron a moverse hacia el oeste, de acuerdo con Paul Kennedy, autor de *The Rise and Fall of Great Powers*, ésta fue una nación imperial y una nación con ímpetu de conquista.

Estados Unidos tiene bases militares o bases adecuadas alrededor del mundo, dándole el músculo global que éste disfruta sin tener que regir a los países directamente. (Cuando Estados Unidos tomó al Talibán, fue capaz de mover barcos desde las bases navales en Inglaterra, Japón, Alemania, el sureste de España e Italia: los barcos estaban ya ahí). Estas bases militares, cientos de ellas alrededor del mundo, son la versión actual de las colonias imperiales de antes. Washington se puede referir a ellos como un despliegue *forward deployment*, pero las colonias son lo que son. En esta definición, no hay espacio fuera del alcance norteamericano. La figura del Pentágono muestra que hay presencia militar estadounidense, grande y pequeña en 132 de 190 estados miembros de Naciones Unidas.

Por lo tanto Estados Unidos es más romano de lo que se da cuenta, con guarniciones en cada esquina del globo. Pero aquí las similitudes sólo comienzan. Estados Unidos ve el logro de un imperio, como la quinta esencia de Roma. Pero en realidad es como si Roma hubiera legado un proyecto de cómo los negocios imperiales deben llevarse a cabo y Estados Unidos lo está siguiendo religiosamente.

La lección uno en el manual romano para el éxito imperial, sería el darse cuenta de que no es suficiente tener una gran fuerza militar. El resto del mundo debe saber que se tiene fuerza y temerles también. Los romanos usaban las técnicas de propaganda de su tiempo: juegos de gladiadores en el Coliseo, para mostrar al mundo cuan duros eran. Hoy en las noticias las veinticuatro horas del día, hay cobertura de las operaciones militares de Estados Unidos, incluyendo video secuencias de pequeños bombardeos. Sin dejar de mencionar las películas de Hollywood que no dejan de promocionar el poderío militar de este país, lo que le dice al mundo que este imperio golpea fuerte y que no puede ser derrotado.

Estados Unidos ha aprendido la segunda lección de Roma, dándose cuenta de que la tecnología es central. Para los romanos, su fuerza más famosa fueron los caminos, los cuales hicieron posible que el imperio moviera sus tropas y suministros a velocidades alucinantes. Ritmo que no sería superado sino hasta después de cientos de años. Este es el ejemplo perfecto de cómo una fuerza imperial tiende a agilizar otra por ejemplo, una innovación en ingeniería, originalmente destinada al uso militar, impulsó al comercio romano.

Hoy en día esas carreteras encuentran sus contrapartes en la información “la súper carretera de Estados Unidos”. La Internet también habiendo sido una herramienta militar, ideada por el departamento de defensa de Estados Unidos, ahora se posiciona en el corazón del comercio americano. En el proceso ésta herramienta hizo al inglés el latín de nuestros días, el lenguaje hablado alrededor del mundo. Estados Unidos está comprobando lo que los

romanos ya sabían: que una vez que se es un imperio y se es el líder del mundo en una esfera, pronto se domina en muchas otras.

Pero no son estos consejos específicos lo que han hecho llegar a Estados Unidos a la cumbre como los antiguos antepasados. Sino el logro fundamental del imperio de hacer eco con gran fuerza. Roma entendió que era demasiado dura y un poder mundial necesita practicar tanto el imperialismo duro, el negocio de ganar las guerras invadiendo territorios. Así como el imperialismo blando, los trucos culturales y políticos que trabajan no ganando poder sino manteniéndolo.

Las más grandes conquistas de Roma vinieron no al final de la lanza, sino a través de su poder de seducir a la gente conquistada. Como Tácito lo observó en Bretaña, a los nativos les gustaban las togas, batas y nunca se dieron cuenta de que éstos eran símbolos de su esclavitud (Freedland; 2002, 8). Hoy Estados Unidos ofrece a la gente del mundo un paquete cultural similar, un grupo de bienes que unifican en donde quiera que se esté. No son togas o juegos de gladiadores hoy, pero son Starbucks, Coca-Cola, McDonald's y Disney. Todos pagan por ellos en el contemporáneo equivalente de la moneda Romana, la fuerte moneda global del siglo XXI: el dólar (Ferguson 2004, 86; Freedland 2002, 8).

Cuando el proceso trabaja, no se tiene que ejercer fuerza directa, es posible regir a control remoto a través de los estados clientes afines. Gobernar a través de apoderados cuando sea posible. Esta es la técnica favorita para el contemporáneo Estados Unidos, no necesita colonias cuanto se tiene al Shah en Irán o a Pinochet en Chile para hacer el trabajo por ellos, pero los romanos lo hicieron primero. Ellos gobernaban a través de apoderados dondequiera que ellos podían (Freedland 2002, 10; *Research Unit for Political Economy* 2003).

Eso no siempre trabajaba como se esperaba. Las rebeliones en contra del imperio fueron permanentes con los bárbaros presionando constantemente las fronteras. Los rebeldes

no siempre eran fundamentalmente anti-romanos, ellos querían simplemente compartir los privilegios y prosperidad de la vida romana. Si esto suena familiar, se debe considerar lo siguiente: la mayoría de los enemigos que se levantaban en contra de Roma se piensa, fueron previamente educados, alimentados y criados por el imperio para servir como fieles aliados. Es necesario mencionar entonces la formación de Saddam Husein bajo la protección de Estados Unidos o el entrenamiento de la CIA a Osama bin Laden.

Pero desafortunadamente el *soft power* de Estados Unidos, es decir, su habilidad de atraer a otros por la legitimidad de sus políticas y valores que lo sustentan, está en declive como resultado del anti-americanismo. Las políticas de Washington en los últimos años han tenido un efecto negativo con respecto a la opinión que se tiene de Estados Unidos en el mundo. Washington ha obstaculizado los esfuerzos para luchar contra la pobreza global, protección del ambiente y el mantenimiento de la paz. Estas actitudes reducen el *soft power*, reducen la habilidad de Estados Unidos para lograr sus metas, sin tener que llegar a la coerción (Nye; 2004, 63).

Escépticos del *soft power*, como el Secretario de Defensa Donald Rumsfeld, afirman que la popularidad es efímera y que no debería guiar a la política exterior. Afirman, que Estados Unidos es suficientemente fuerte como para hacer lo que desea sin la aprobación del mundo y simplemente aceptar la envidia y resentimiento de los otros. El único súper poder del mundo no necesita de aliados permanentes, las circunstancias deberían determinar las coaliciones no viceversa, según Rumsfeld (Nye; 2004, 63).

Pero el reciente declive del atractivo de Estados Unidos no debe ser tomado a la ligera. Si bien es cierto que este país está verdaderamente asociado con los problemas producto de la modernidad, lo que ocasiona inevitables resentimientos hoy en día. También es cierto que políticas prudentes pueden reducir el antagonismo que estas realidades engendran. Washington ha actuado bien, usando sus fuentes de *soft power* para atraer a otros a su sistema

de alianzas e instituciones, lo que le ha funcionado por años. La Guerra Fría la ganó con la estrategia de contención que usó el *soft power* junto con el *hard power*.

Hoy, Estados Unidos no puede confrontar la nueva amenaza del terrorismo sin la cooperación de otros países. Por supuesto, otros gobiernos a menudo cooperan fuera del interés propio, pero la prolongación de su cooperación a menudo depende del atractivo de Estados Unidos. El *Soft power* por lo tanto, no es sólo un asunto de popularidad efímera, esto significa obtener los resultados que Estados Unidos desea (Nye; 2004, 63).

Cuando Washington descarta la importancia de su atractivo en el exterior, éste paga un precio muy caro. Cuando Estados Unidos llega a ser tan impopular, que ser americano significa estar a un paso de la muerte en las políticas domésticas de otros países, es poco probable que los líderes de política exterior de éstos hagan concesiones. Y cuando las políticas de Estados Unidos pierden su legitimidad a los ojos de otros, la desconfianza crece reduciendo la influencia de este país en los asuntos internacionales.

Roma incluso tuvo su propio 11 de Septiembre. En el año 80 a.C. El rey helenístico Mitridates llamó a sus seguidores a asesinar a los ciudadanos romanos en su nombre, nombrando un día específico para el sacrificio. Ellos hicieron caso al llamado y mataron 80,000 romanos en comunidades locales a través de Grecia (Hirsh; 2002, 63). Los romanos estaban impresionados por esto, semejante a las declaraciones de muchos de los periódicos norteamericanos desde el 11 de Septiembre: ¿Por qué nos odian tanto?

Internamente, también hoy en día Estados Unidos descubriría muchos romanos en su terreno familiar. La mitología americana de su pasado, la castidad de los padres fundadores Washington y Jefferson como heroicos titanes, la interpretación del cuento familiar de la fiesta del té en Boston y la guerra de independencia son muy romanas. Ese imperio, también sintió la necesidad de crear un pasado mítico, protagonizado por héroes. Para ellos no es Aenas (diosa de la mitología romana) y la fundación de Roma, pero su motivación fue la

misma: mostrar que la grandeza de la nación no fue un accidente, sino el fruto del destino manifiesto.

Estados Unidos comparte la convicción de Roma, de que su misión tiene el consentimiento desde lo más alto. Augusto se declaró a si mismo hijo de dios y erigió una estatua a su padre adoptivo Julio César en un podium al lado de Marte y Venus. En el billete de dólar americano está estampado lo siguiente *In God we trust* y a los políticos norteamericanos les gusta terminar sus discursos con *God bless America*.

Incluso el rasgo estadounidense más moderno, su diversidad étnica, haría a los romanos sentir cómodos. Su sociedad fue extraordinariamente diversa, tomando gente de todo el mundo, incluso prometiendo a los nuevos inmigrantes la oportunidad de ascender hasta lo más alto (tan lejos siempre y cuando fueran de las familias correctas). Mientras en Estados Unidos aún no se ha tenido un presidente “no blanco”, Roma presumía de un emperador originario de África del norte, Séptimo Severo. Roma tenía su propia versión de las identidades guiadas de Estados Unidos. Como los italo-estadounidenses o irlandés-estadounidenses hoy en día, a los ciudadanos de Roma se les permitía el “cognomen” (un nombre extra para transmitir su herencia greco-romana o británico-romana) (Adkins; 1998, 243).

Hay algunas diferencias entre los dos imperios, una de ellas es ¿cómo los imperios se presentan a sí mismos? Roma presumía de su imperialismo y la mayoría de los norteamericanos, especialmente los políticos lo niegan. Las razones para negarlo varían, pero algunas incluyen el hecho de que Estados Unidos fue fundado como una rebelión en contra del imperio en nombre de la libertad y el autogobierno (el mito de la fundación). Por lo que no pueden aceptar su rol actual dominante.

La operación en Irak es prueba de que Estados Unidos está sucumbiendo a la tentación que Roma también probó: la sobreextensión. Por lo que se puede considerar que Estados

Unidos se está moviendo en lo que es conocido como la segunda fase de la historia imperial, cuando se crece frustradamente con un gobierno indirecto, a través de los aliados y se decide dejarles el trabajo. Lo que significa esto, es que Estados Unidos está al final de la jornada imperial o está a punto de emprender el más ambiguo de sus viajes (Drinan 2004, 31; Freedland 2002, 14).

Es cierto y universalmente conocido que la estructura central del mundo al comienzo del siglo XXI es el enorme poder de Estados Unidos. Este país posee las fuerzas militares más formidables y la más grande y vibrante economía nacional del planeta. Desde sus fronteras emanan tendencias sociales y culturales que ejercen gran influencia en otras sociedades. Estados Unidos ocupa el primer lugar y por un margen muy largo, lo que nos lleva a recordar la preponderancia del Imperio Romano en la antigüedad. La superioridad americana tan vasta que se distingue sobre los demás no tiene ya rival, la Unión Soviética, durante la Guerra Fría no aplica más. Estados Unidos no es más un mero superpoder, este ha ascendido al estatus de hiperpoder.

El mundo contemporáneo está dominado por tres ideas principales: paz, como la base preferida para las relaciones entre países, democracia, como la manera óptima de la organización política entre ellos y el libre mercado, como un vehículo indispensable de producir riqueza (Mandelbaum; 2002, 33). Paz, democracia y libre mercado son ideas que conquistan al mundo. Por supuesto, no son universalmente practicadas y no todos los estados soberanos las aceptan. Pero también es cierto que no tiene un rival completamente articulado para sus principios, para la organización militar del mundo o sus relaciones políticas y económicas.

Estados Unidos llegó a la primacía demasiado pronto y desde hace varios años ejerce un primer papel en las relaciones internacionales. El amor a la patria se ha vuelto en una forma o en otra, demasiado obligatorio, en tanto que la antigua base, la convicción de que los

norteamericanos formaban el pueblo escogido por Dios, ya no es firme. La forma súbita, sorpresiva, de llegar al a cabeza del mundo explica cierta inmadurez en materia de política internacional. Casi todos los pueblos europeos han ganado y perdido guerras. Estados Unidos, en cambio, se ufana de no haber perdido casi ninguna guerra, la excepción fue Vietnam. Carece de la experiencia del infortunio y el éxito es peligroso: obnubila y confunde.

Un último factor intimida a los estadounidenses de hacer un paralelismo entre ellos y Roma: que los imperios declinan y finalmente caen. La historia ha comprobado que esto pasa a todo los imperios, éstos son entidades dinámicas que siguen un patrón común desde el principio, en medio y al final. Es por esto que el pensar en el poder imperial de Estados Unidos incomoda a los estadounidenses. Razón por la cual los medios y los políticos prefieren usar los términos “Sole Super-Power”, “Global Power” (Ferguson 2004, 80; Freedland 2002, 16; Nichols 2004, 12).

Como se observó, Estados Unidos está siguiendo el mismo patrón hacia el declive que Roma. Estados Unidos vive su clímax, pero este país no preservará su posición existente, por la simple razón de que a ninguna otra sociedad se le ha otorgado el privilegio de estar de manera permanente a la cabeza de los otros. La erosión de este país será lenta y gradual, sólo acelerado por políticas que traerán ventajas a corto plazo y desventajas a un paso acelerado.

La comunidad internacional es mucho más diversa política y culturalmente de lo que se asume, los desafiantes y simplistas remedios ofrecidos por Washington a los problemas, no son suficientes. La autoridad de Washington se está erosionando y el declive se acerca en tanto que Estados Unidos y sus líderes sean incapaces de ajustarse al nuevo orden mundial y mucho peor sean incapaces de ajustar a su sociedad a dichos cambios.

Lo que Estados Unidos necesita averiguar y considerar para los siguientes 10 o 15 años es ¿cuál es el tamaño óptimo para un imperio no territorial? ¿cuán intervencionista hay que

ser más allá de las propias fronteras? ¿qué grado de control deseará ejercer ya sea directo o a través de las élites locales? Estas fueron las preguntas que no pudo resolver el Imperio Romano y que Estados Unidos debe solucionar para subsistir las siguientes décadas o posiblemente siglos, en el lugar preeminente en el que se encuentran.